

Rosemary Weir

El dragón
ALBERT

Ilustraciones
de Quentin Blake

Traducción:

ESTER DONATO

MAEVA  young

Título original:

ALBERT THE DRAGON

© ROSEMARY WEIR, 1961

Publicado por primera vez en 1961 por Abelard-Schuman Ltd., Londres

© de la traducción: ESTER DONATO,

© MAEVA EDICIONES, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maevayoung.es

MAEVA defiende el *copyright*©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 978-84-17108-56-4

Depósito legal: M-5.856-2018

Ilustraciones: QUENTIN BLAKE

Preimpresión: Gráficas 4, S.A.

Impresión y encuadernación: Huertas, S.A.

Impreso en España / Printed in Spain

Índice

Albert quiere ayudar	7
Albert y el Caballero Valiente.....	18
Albert bate un récord	29
Albert y el colchón de plumas	43
Albert se construye una casa.....	55
Albert y la serpiente de mar	70
Albert y el dragoncito	81
La fiesta de Navidad de Albert	94

Albert quiere ayudar

Hace muchos años, antes de la época de los trenes y los aviones, había dragones en Cornualles, la región que está más al sudoeste de Inglaterra. Vivían en las rocas, en cuevas, y la gente los encontraba molestos por lo grandotes que eran. Cuando se ponían nerviosos, echaban fuego y humo por la nariz, y esto hacía arder los brezos y los helechos y provocaba incendios. Además, solían robar ovejas para comérselas, y algunas personas creían que se comían también a los niños. Ya fuese esto verdad o no, era una cosa muy útil para asustar a los niños, y los padres solían decirles: «¡Si no te portas bien, te llevarán los dragones!».

Pues bien, en las afueras del pequeño pueblo de Tregunna Cove vivía un dragón llamado Albert. Albert no soportaba oír a la gente decirles a sus hijos

«Te llevará el dragón», pues esto no era cierto, al menos en lo referente a él. A Albert le gustaban mucho los niños, y por nada del mundo se habría comido a ninguno, porque era vegetariano y solo comía hierba y arbustos y, a veces, para cambiar, algas.

A Albert le dolía mucho no poder hacer amistad con algún niño de Tregunna Cove, porque, como ninguno de aquellos niños se portaba demasiado bien, siempre huían chillando cuando lo veían acercarse. Albert se pasaba horas echado en la entrada de su cueva mirando jugar a los niños en el pueblo, que quedaba muy por debajo de donde él vivía, y pensaba cómo podría explicarles que no quería hacerles daño. Pero los dragones, aunque eran animales grandes, tenían un cerebro muy pequeño, y Albert no alcanzaba a resolver el problema. Lo único que hacía era quejarse: «Cómo me gustaría que fuesen amigos míos... Cómo me gustaría que viniesen a jugar conmigo... Me encantaría invitar a tomar el té a una niña simpática, o incluso a un niño. Podríamos jugar a encender hogueras, que es una cosa que les gusta a todos, y es una de las pocas cosas que sé hacer bien. Cómo me gustaría que fuesen amigos míos...». Y volvía a decir siempre las mismas cosas.

Una noche, hacia las nueve, Albert estaba paseando por los pantanos que había en las afueras del

pueblo cuando vio luz en una ventana de una casa de campo. Conocía la casa porque allí vivía un niño llamado Tony, y Albert había pensado muchas veces que parecía un niño simpático, de los que seguramente querrían jugar con un dragón a encender hogueras. Así que Albert pensó: «Me acercaré a esa ventana sin hacer ruido y escucharé lo que dicen, puede que me entere de por qué la gente odia tanto a los dragones y de cómo podría convencerlos de que quiero ser su amigo».

Se arrastró por el suelo sin hacer ruido hasta llegar al pie de la ventana, y allí se quedó muy quieto y se puso a escuchar. Pero la ventana estaba cerrada, y solo oía un murmullo de voces. Albert se puso muy nervioso, empezó a jadear y a menearse, y se fue acalorando hasta que comenzó a echar humo por la nariz.

En la casa, la mujer del granjero le dijo a su marido:

–¡Oh, qué cargado está el aire aquí! Casi no puedo respirar. ¡Tony, hijo, abre la ventana para que entre un poco de aire!

Tony fue a la ventana y la abrió de par en par, de modo que el dragón, que estaba agazapado en el suelo procurando no hacer ruido, pudo oír todo lo que decían.

«Debo mantenerme tranquilo», pensó Albert, y poco a poco dominó las llamas que estaban a punto de salirle por la nariz y el humo que despedía se deshizo en el aire frío.

En la casa, la familia se disponía a acostarse.

–Vete a la cama, Tony –dijo la mujer del granjero–. Yo tengo que hacer unas cuantas cosas antes de irme a dormir.

–Ya he cerrado la puerta –dijo el granjero.

–Pues ya puedes volver a abrirla, porque no le he puesto el tazón de nata al duende. ¡Ay, Señor! ¡No sé qué iba a hacer yo si no me echara una mano el duende, y él no trabaja si no le doy su poquito de nata, como tú sabes muy bien! Hay que dejar la puerta entornada para que pueda entrar.

Agazapado en la oscuridad, Albert oyó el ruido del cerrojo al abrirse y el de un tazón que dejaban delante de la puerta. Después se apagó la luz y se oyeron los pasos del granjero y de su mujer, que subían a acostarse. A Albert le interesó mucho lo que había oído decir sobre el duende y la nata. Él conocía a los duendes, claro, todo el mundo los conocía, pero siempre había pensado que eran molestos y entrometidos. ¡Lo que no sabía era que estaban dispuestos a ayudar a los seres humanos en su trabajo a cambio de un tazón de nata!

Albert decidió quedarse donde estaba y vigilar. Se le ocurrió que, quizá, si descubría lo que hacían los duendes, él podría hacerlo también, y entonces los humanos le estarían agradecidos y le darían tazones de nata, y dejarían a sus niños y niñas que fuesen a tomar el té y jugasen a encender hogueras con él. Así que Albert se puso cómodo. Cerró un ojo para dormir y dejó el otro abierto para vigilar. Esta es una habilidad muy útil que tienen los dragones.

Amanecía ya cuando por fin apareció el duende. Llegó tan silencioso que Albert no le habría oído si el pequeño ser no hubiese hecho un ruidito con el tazón al dejarlo en el suelo después de comerse la nata. En un momento, Albert se despertó del todo. Levantó la cabeza con mucho cuidado y miró por la ventana de la cocina. ¡Allí estaba el duende, trabajando como una hormiguita! Primero encendió el fuego y barrió delante de la chimenea. Después barrió el suelo, quitó con mucho cuidado el polvo de toda la habitación, colocó las sillas en su lugar, puso la mesa para el desayuno, luego colgó una gran olla negra sobre el fuego y se puso a cocer la avena. Más tarde echó una última mirada a su alrededor, para ver si todo estaba bien, y desapareció tan silenciosamente como había llegado. Tan pronto como hubo salido de la casa, bajaron el granjero y su mujer, y detrás de ellos Tony, desperezándose.

La mujer del granjero se puso a elogiar al duende.

–¡Qué encanto de criatura! ¡No sé qué haría yo sin él! ¡Todo tan limpio y ordenado, y la avena bien cocida! ¡Vale el tazón de nata y más!

Albert, que escuchaba desde fuera, sintió envidia.

«Todas estas cosas las sabría hacer yo igualmente bien –pensó–. ¡Cuánto jaleo por unas pocas tareas sencillas!»

Y se puso tan acalorado que empezó a salirle humo de la nariz. El humo llegó a la ventana de la cocina, y empañó los cristales.

–Hoy hay niebla –comentó el granjero.

Albert, horrorizado por lo que había hecho, se escabulló y volvió a su cueva para pensar en todo lo que había visto.

Al día siguiente, muy temprano, antes de que amaneciese, el dragón volvió otra vez a la casa. Vio con satisfacción que el tazón de nata estaba en el suelo, intacto; eso quería decir que el duende no había llegado aún. Así pues, con mucho cuidado, pasó por la puerta y entró en la cocina. Le costó, pero lo consiguió.

–Primero encender el fuego... –murmuró.

Encontró un montón de ramas secas preparadas, y las metió en la chimenea. Después se puso a resoplar

muy fuerte, un buen rato, hasta que le salió por cada ventana de la nariz un fino chorro de fuego. El fuego prendió muy bien, y Albert se sintió satisfecho.

–Ahora barrer y quitar el polvo... –se dijo.

Y se arrastró por el suelo de la habitación, soplando cuidadosamente por todos los rincones y levantando una nube de polvo que fue empujando hasta sacarla por la puerta trasera. La cocina quedó limpiísima. ¡Ah, los duendes! ¿Qué podían hacer los duendes que no pudiesen hacer mejor los dragones?

¡Ahora preparar el desayuno! Llenó la olla en el cubo del agua y la colgó de un gancho encima del fuego. Pero entonces se interrumpió; ¡no se acordaba de qué había echado el duende en la olla para hacer aquella papilla!



Estaba tan preocupado que no pudo conservar la calma y de la alfombra donde estaba sentado empezó a salir un olorcillo a chamusquina. Albert se levantó rápidamente, golpeó con la cola una hilera de platos que había en el estante y tiró todo al suelo... El ruido fue terrible y, en el mismo momento que el pobre Albert escapaba hacia la oscuridad del jardín, el granjero y su esposa bajaban corriendo por la escalera.

La mujer del granjero contempló los restos de su mejor porcelana.

–¡Ha sido ese dichoso gato! ¡Oh, la que le va a caer cuando lo pille!

Pero entonces vio el fuego encendido y la olla colgada encima, y se interrumpió, asombrada.

–No ha sido el duende... –dijo, y fue hacia la puerta y echó una mirada–. No, no ha sido él –dijo–, porque la nata está aún ahí. Además, él nunca me habría roto esos platos. ¿Tú qué crees que puede haber pasado? ¡Esto no me gusta nada!

–Mira –le dijo el granjero, y señaló el suelo.

El pobre Albert, en su prisa por escapar, había volcado el barril de la harina, ¡y allí estaba, en la harina volcada, clarísima, la huella inconfundible de una pata de dragón!

–Así que han venido por aquí los dragones, ¿eh? –exclamó furiosa la mujer–. ¡Pues ya les daré yo a

esos dragones! ¡Mira que venir aquí a destrozarme la cocina!

–Madre, por favor, no te enfades... –le rogó Tony.

–¿Por qué no he de enfadarme?

–Porque el pobre dragón solo quería ayudarte. Todos rompemos algo alguna vez. Acuérdate de que tú misma rompiste el jarrón bueno, el azul, hace quince días. Estoy seguro de que ese dragón que ha venido es bueno. Creo que quería ayudarnos, como el duende, pero no ha sabido hacerlo. Ahora debe de estar terriblemente avergonzado y desilusionado.

Al niño se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en la tristeza del dragón.

La madre de Tony se buscó el pañuelo en los bolsillos, pero, como estaba en camión, no lo encontró.

–¡Me vas a hacer llorar, con tus pobres dragones! Bueno, vamos a olvidarnos del asunto, pero tú, Tony, en cuanto amanezca, te vas a buscar a ese dragón y le dices que no queremos que vuelva a ayudarnos. Se lo dices amablemente, pero con firmeza. Y ahora, ¿a ti qué te pasa? –le preguntó a su marido.

El hombre carraspeaba y se sonaba ruidosamente con un gran pañuelo rojo.

–Nada realmente. Es que siento lo del dragón... Él quería arreglarnos la cocina, y ha hecho este desastre. Al fin y al cabo, el trabajo de la casa no está



hecho para los dragones. Mira, Tony, cuando vayas a hablar con él dile que si quiere venir un día conmigo para ayudarme a quemar los helechos secos de la dehesa de arriba, estaré encantado.

Unas horas después, Tony se puso en marcha en busca del dragón. No tuvo problema para encontrar el lugar donde vivía Albert, pues por todo el camino de la ladera de la colina hasta la cueva había grandes huellas blancas de harina.

Albert estaba echado a la entrada de su cueva. Tenía los ojos enrojecidos y aún sollozaba, muy triste. De las ventanas de su nariz se escapaba un poquito de vapor que ascendía por el aire cálido y soleado.

Tony se sentó en una roca junto a él.

–Hola –le saludó.

–Ho-hola...

–No llores, amigo. Todo está bien, de verdad que todo está bien.

El dragón levantó la cabeza para mirar al niño, y en sus ojos hinchados apareció un rayo de esperanza.

–¿Que todo está bien? Pero..., pero... ¿no están furiosos tus padres por el lío que he organizado en vuestra cocina?

–Lo han comprendido –explicó Tony.

Y le repitió al dragón todo lo que habían dicho sus padres.

Albert se levantó de un salto.

–Pero ¡eso es magnífico! ¿Que si quiero ayudar a tu padre a quemar los helechos? ¡Pues claro que quiero, encantado! ¡Haré lo que haga falta para ayudaros!

Entonces se interrumpió un momento, y después añadió, muy tímidamente:

–Oye...

–¿Qué?

–Quizá te gustaría... Si no quieres, dímelo sin cumplidos, pero... quizá te gustaría... venir a tomar el té conmigo.

–¡Oh, me encantaría! –dijo Tony.

–¡Podríamos jugar a encender hogueras! –propuso Albert alegremente.

Y, para celebrarlo, arrojó por la nariz un gran chorro de llamas anaranjadas.